5. Libro de la infancia del Salvador

Autor: Desconocido.

Fecha probable de composición: Hacia el siglo XI.

Lugar de composición: Desconocido.

Lengua original: ¿Latín?

Fuente: Manuscritos latinos medievales. En esta edición, manuscrito latino 11867 de la Biblioteca Nacional de París.

Es un breve evangelio que recoge tradiciones y leyendas, generalmente conocidas por otros documentos. Recogemos las más originales, tomadas de las ediciones de R. Reinisch y G. Bonaccorsi de los años 1879 y 1948[504]*, respectivamente. El texto latino que figura en la Biblioteca Nacional de París con el número 11867 presenta un contenido que guarda numerosas semejanzas, desde el título al cuerpo del relato, con el conocido y traducido en esta colección* Liber de Infantia Saluatoris *del* Códice Arundel 404 *del Museo Británico (ambos llevan el mismo título latino, véase p. 244). Si en el primer caso ofrecíamos solo lo referente al nacimiento de Jesús, en el presente se traducen únicamente los pasajes que ofrecen alguna información más o menos novedosa al menos de la infancia de Jesús.*

* * *

Jesús en la torre con otros niños

1 Aconteció en cierto tiempo que muchos niños seguían a Jesús para jugar con él. Pero un padre de familia, muy enfadado porque su hijo andaba con Jesús, lo encarceló en una torre fortísima y solidísima, con la intención de que nunca más siguiera a Jesús. En la torre no había abertura ninguna ni entrada, excepto la puerta y una ventana estrechísima solamente para dejar pasar un poquito de luz. La puerta era secreta y estaba sellada. Sucedió a aquel padre de familia que un día se acercó por allí Jesús para jugar con los niños. Al oírlo el niño encarcelado, gritó junto a la ventana, diciendo: «Jesús, compañero queridísimo, he oído tu voz, mi alma se ha regocijado y me he sentido aliviado. ¿Por qué me abandonas aquí encerrado?». Vuelto Jesús hacia él, dijo: «Extiende hacia mí tu mano o tu dedo por el agujero». Cuando así lo hizo, tomó Jesús la mano y sacó por aquella estrechísima ventana al niño que lo siguió. Le dijo Jesús: «Reconoce el poder de Dios y cuenta en tu vejez lo que Dios hizo contigo en tu niñez». Cuando vio lo sucedido el padre de familia, lo primero que hizo fue acercarse a la puerta. Al advertir que todo estaba intacto y sellado, protestó a gritos diciendo que era un fantasma. Pues sus ojos estaban cerrados para no reconocer el poder divino.

Salto prodigioso

2 El mismo padre de familia, llamado José, el más importante entre los magistrados de la sinagoga, y entre los fariseos, los escribas y doctores, se quejó de Jesús porque había realizado maravillas nuevas en el pueblo de forma que ya era venerado como Dios. Y con gran exaltación dijo: «Mirad cómo nuestros niños, entre los que está mi hijo, siguen a Jesús hasta el campo de Sicar». Lleno de ira, cogió un bastón para golpear a Jesús, y lo persiguió hasta el monte, en cuya falda lateral se extiende un campo de habas. Jesús se apartó de su furor dando un salto desde la cima del monte hasta un lugar que distaba como un tiro de arco. Los otros niños quisieron imitarlo en un salto similar, pero cayeron rompiéndose las piernas, brazos y cuellos. Por este hecho se armó una grave protesta ante María y José, pero Jesús sanó a todos y los dejó todavía más fuertes. Cuando vio lo sucedido el jefe de la sinagoga, a saber, el padre del niño encarcelado, y también lo vieron todos los presentes, adoraron juntos a Dios Adonay. El lugar en el que Jesús dio el salto se llama hasta el día de hoy «el Salto del Señor».

Siembra milagrosa

3 Sucedió, pues, que siendo el tiempo de la sementera, salió José a sembrar el trigo. Y le siguió Jesús. Cuando José comenzó a sembrar, extendió Jesús la mano y tomó la cantidad de trigo que cabe en un puño y lo desparramó en la linde del campo. Vino José en el tiempo de la siega para recoger su cosecha. Vino también Jesús para recoger las espigas del grano que había sembrado y cosechó cien modios[505] de trigo excelente, cantidad que no habían producido tres o cuatro de los otros campos. Y dijo a José: «Llamad a los pobres, a las viudas y a los huérfanos y que se les reparta el trigo de mi cosecha». Así se hizo. Nuevamente, durante la distribución, hubo un enorme e inesperado incremento, con el que restablecidos los pobres bendecían al Señor de todo corazón diciendo que el Señor

Dios de Israel había visitado a su pueblo[506].

Garbanzos convertidos en piedras

4 Sucedió otra vez en un día del tiempo de la siembra que pasaba Jesús por Asia, cuando vio a un cierto campesino que sembraba en su campo una clase de legumbre, llamada «garbanzo». El lugar se llamaba «Campo junto a la tumba de Raquel», situado entre Jerusalén y Belén. Jesús le dijo: «Hombre, ¿qué estás sembrando?». Pero indignado y burlándose de que un niño de aquella edad le hiciera esa pregunta, contestó: «Piedras». Jesús le dijo: «Dices la verdad, porque son piedras». Y todos aquellos granos de garbanzo se convirtieron en piedras durísimas, que aún conservan hasta el día de hoy la forma de garbanzo, el color y hasta los ojillos en la cabeza. Así, con la palabra sola de Jesús, todos los granos, tanto los sembrados como los que iban a serlo, se convirtieron en piedras. Y hasta el día de hoy los que buscan con cuidado encuentran aquellas piedras.

El bastón de Jesús convertido en árbol

5 Otro día por la mañana, cuando todavía el rocío templaba la fuerza del sol, subieron María y José de las regiones de Tiro y Sidón a Nazaret. A medida que subía el sol, María se sentía más pesada y acabó por sentarse en tierra presa de la fatiga. Y dijo a José: «Ha subido [la fuerza] del sol por la que me siento agobiada. ¿Qué puedo hacer? No hay una sombra para cobijarme». Y elevando sus manos al cielo, oró diciendo: «¡Oh virtud del Altísimo!, según aquella palabra amable que oí en una ocasión procedente de ti (Lc 1, 35), cúbreme con tu sombra; que viva mi alma y dame tu refrigerio». Jesús, al oír estas palabras, se alegró y clavó en tierra el palo seco que sostenía en la mano a modo de bastón y dijo con tono de mando: «Proporciona inmediatamente a mi madre una sombra gratísima». Y al punto aquella vara se transformó en un árbol espeso y frondoso que ofreció a los que descansaban a su sombra un dulce refrigerio.

Jesús cabalga sobre un rayo de sol

6 En un día de invierno, cuando el sol resplandecía radiante con toda su fuerza, se extendió un rayo de sol penetrando por una ventana hasta la pared en la casa de José. Jugaban por allí los niños del barrio correteando por la casa, cuando Jesús subió sobre un rayo de sol y, colocando encima sus vestidos, se sentó como sobre una viga firmísima. Cuando lo vieron los niños coetáneos que con él estaban jugando, pensaban que podrían hacer lo mismo. Subieron, pues, para sentarse con Jesús jugando a imitación suya. [Pero cayeron al suelo gritando:] «Nos estrellamos». Pero Jesús, a instancias de María y José, sanaba las lesiones de todos los heridos soplando ligeramente sobre el lugar dolorido. Y dijo: «El Espíritu sopla donde quiere, y a los que quiere los sana». Entonces todos quedaron sanos. Estas cosas las anunciaron a nuestros padres. Este suceso se hizo público en Jerusalén y en los remotos confines de Judá. La fama de Jesús se extendió por las provincias de alrededor. Vinieron, pues, para bendecirlo y para ser bendecidos por él. Y le dijeron: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron» (Lc 11, 27).

José y María dieron las gracias a Dios por todo lo que habían visto y oído[507].

12 En otro tiempo, dijo María a su hijo: «Hijo, ve a la fuente de Gabriel, saca de ella agua y tráela en un cántaro». Obediente a su madre, tomó el cántaro y se marchó. Le seguían otros niños de su edad portando igualmente sus cántaros. Cuando volvía Jesús después de llenar su cántaro, lo lanzó con ímpetu contra una roca que había en el camino, pero ni se rompió ni resonó demasiado. Al verlo los otros niños, hicieron lo mismo; pero todos rompieron sus cántaros, y se derramó el agua por la que habían ido. Como surgió por ese motivo un escándalo acompañado de quejas, recogió Jesús los fragmentos, rehízo todas las vasijas y devolvió a cada uno la suya con el agua. Y levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, así deben ser reformados los hombres dispersados que han perecido». Todos quedaron atónitos por aquel hecho y por aquellas palabras y bendecían diciendo: «Bendito el que viene en el nombre del Señor. Amén».